

EL IRIS

PERIÓDICO QUINCENAL DE LITERATURA

DIRECTOR AGUSTÍN DE VEDIA.

Se publica por la imprenta de la "Sociedad Tipográfica Bonaerense", Tucumán 65 y 67. Sale a los dos meses por mes; suscripción mensual veinte pesos.

PROSPECTO.

Se inaugura la segunda época de El Iris bajo otro horizonte, bajo otros auspicios, que el pensamiento formulado al interrumpir nuestra tarea no podía alcanzar ni prever porque los sucesos se precipitan y atropellan impetuosamente, en confusión y desorden y sin sujeción a lógica ninguna, muchas veces.

En la capital de la República Argentina, conmovida actualmente por la exhibición de ese drama terrible cuyo primer acto tuvo por teatro el suelo oriental y cuyo desenlace se oculta tras los bastidores del porvenir, se alza de nuevo El Iris, reviviendo de sus cenizas, y aspirando a proseguir en la misión que se impuso, cuando por primera vez y en los primeros meses del año anterior, tuvieron sus matices el horizonte literario.

Para continuar hoy en esa misión serena que se desmerece en una atmósfera estraña a la que brota de la tierra calcinada por los proyectiles de la guerra, contamos con un teatro mas vasto y con mayores elementos para hacer fructífero nuestro pensamiento.

La nómina de los colaboradores que cuenta este periódico hoy, puede dar una idea de su carácter y de su importancia.

Los notables trabajos que ha consignado El Iris de la primera época, son una seguridad mas de que no es una vana promesa la que formulamos en esta introducción a la segunda época del mismo periódico.

El Iris, que en medio de una situación excepcional de todo punto pudo sostenerse diez meses, cayendo solo por fuerza de los acontecimientos calamitosos que pesaron sobre nuestra infortunada patria, fué introduciendo sucesivamente importantes mejoras en su orden moral y material y aumentó sin alteración de precio el formato de la última entrega que completó un volumen de trescientas veinte y cuatro páginas.

Hacemos esta reflexión y este recordo, para evidenciar el derecho que nos asiste a la protección del público ilustrado.

Vale esto decir, que haremos mas de lo que decimos; diremos menos de lo que estamos dispuesto a hacer en servicio de las letras que son las que han de salvar a estos países

del naufragio horrible de las pasiones, del infortunio de las guerras insensatas que los aniquilan y despedazan.

Abrimos en el periódico distintas secciones que abracen todos los ramos de las letras, y nos esforzaremos en que las materias que trate cada número, sean tan variadas como lo permitan las facultades de que disponemos, que irán ensanchándose á medida que se manifieste la protección que aguardamos de los amantes al progreso literario.

Abrimos las columnas del periódico á todas las inteligencias, proporcionando así un terreno neutral en que se estrechen todas ellas en el culto de una sola idea, y en una sola y legítima aspiración.

La literatura es el oasis que brinda al peregrino el desierto de la vida—En ella, en su culto, los sentimientos se purifican, las ideas se forman y se engrandecen y de las nobles luchas libradas en su arena surge siempre la victoria del derecho, el triunfo de la razón, facultad divina que no en vano ha puesto Dios en la frente del hombre.

Tratando de realizar exactamente nuestro pensamiento, y siendo nuestro principal objeto facilitar en cuanto sea posible la circulación de las ideas que forjen el haz de nuestra publicación, hemos hecho cuanto ha sido posible por disminuir la cifra del valor de la suscripción mensual y la hemos reducido á veinte pesos, moneda corriente, precio diminuto si se considera que nuestro objeto no es reproducir trabajos ya publicados sino presentar originalidad en todos, lo que ofrece dificultades serias y que pueden preverse.

El Iris será quincenal y constará de diez y seis páginas de gran formato por ahora, y una carátula, para la cual se admiten avisos en establecimientos tipográficos, de librerías, etc.

La suscripción que como se ha dicho es de veinte pesos, se efectúa mensualmente para la mejor facilidad del suscriptor y de la administración—

La redacción está establecida en la Plaza de la Victoria y calle del mismo nombre n.º 74.

Carácter de nuestro periódico.

Nos parece conveniente dedicar un artículo especial á definir propiamente el carácter de nuestra publicación, marcando los límites que nos imponemos al emprenderla.

Al llamar á nuestro periódico órgano de la literatura no trazamos una mera palabra con la intención de traer á sus columnas apreciaciones que se aparten del espíritu de una publicación semejante, sino que adoptamos la resolución firme de rechazar todo escrito que no lleve esas condiciones esenciales de nuestro programa.

No creemos, de acuerdo con un inteligente compatriota nuestro, que la literatura deba ser extraña á las impresiones de la vida real y que en su templo no deban tener cabida las sublimes pasiones que immortalizan la patria y llenan los anales de su historia, pero en nuestros pueblos, donde las más puras glorias han sido eclipsadas por el humo de los combates fratricidas, desprendiéndonos á la época gloriosa de la independencia, comprendemos y sentimos la necesidad de salvar un período sobre el cual es difícil sino imposible que se abra paso la verdad escarnecida.

No basta que un hombre haya bajado á la tumba para que el juicio de la historia, imparcial y severo, se pronuncie, porque ese hombre puede significar algo más que el espíritu que se extingue para la época en que ha vivido; puede ser la cabeza de un cuerpo que se agita sin ella todavía y lucha obstinado mientras se le opone resistencia.

Hay un templo donde todos los hombres se reúnen y se descubren para elevar sus plegarias; es el templo de la patria, que cubre y ampara con su manto á todos sus hijos, por más que las pasiones los dividan y extravíen.

La patria es el lazo de unión de todos; sus glorias son una herencia común; sus dolores son comunes también. La historia que ilustran sus hechos debe estar abierta permanentemente ante los ojos del hombre, porque sus glorias no solo son un legítimo blason de orgullo, sino una gran lección y un grande estímulo para el porvenir.

Pero desde que se extiende una sombra en la historia de la Patria, desde que la mano de los partidos arroja la manzana de la discordia entre sus hijos agrupados bajo la bandera común, empieza por decirlo así, la noche de las tinieblas, empujadas en apretarse allí donde más brillan los rayos de la verdad, para encubrir su nulidad, su miseria y su degradación con los pliegues de su manto sombrío.

Desde entonces hay un eclipse de verdad y de justicia, y la historia misma se envuelve en un silencio semejante al de las tumbas.

Una misión vasta y espléndida cabe desde luego á la juventud que se levanta, agena á los errores y á los crímenes que pueden caracterizar esas épocas en que la barbarie reaccionando, parece entronizarse de nuevo. La generación que se inicia no tiene porque hacerse solidaria de inconsecuencias y de delitos que no son suyos. Se le abre pues un vasto teatro y le sonríe una ambición generosa.

Proclamar la verdad y la virtud escarnecidas; derrumbar esos ídolos sangrientos que se han apoderado de los altares de la patria, protesta horrible contra las glorias que nuestros abuelos acumularon en ese templo—he ahí nuestra misión—llenémosla con fe y esperanza y aceleraremos el pronunciamiento de la historia, cuya voz se pierde hoy entre los ecos

de una tempestad, cuya majestad solo se vislumbra á través de un mar de sangre.

Apartemos pues la vista de ese pasado que se reproduce en el presente, ocupémonos solo de la filosofía de los hechos, y no admitamos otro culto que el que honra á la humanidad.

AGUSTÍN DE VEJOLA.

BIBLIOGRAFÍA.

El Código Velez Sarsfield.

Los periódicos de esta Capital han dado una noticia de alta importancia para la República Argentina. Queremos referirnos al anuncio del primer libro del Código redactado por el eminente jurista, cuyo nombre va al frente de este artículo.

Nada hay en realidad más triste para un pueblo libre que eso de tener que regirse por leyes é instituciones que él mismo no se ha dado, que conserva aun como herencia recibida del poder bajo cuyo yugo se ha criado, que no responden, que no pueden por consiguiente, responder á las necesidades y aspiraciones de su vida independiente.

En este caso se han encontrado hasta ahora por desgracia las Repúblicas del Río de la Plata.

El espíritu de la España conquistadora ha ido prolongándose en la vigencia de sus códigos, vigencia que constituirá una especie de vida de ultratumba del colono.

Pero si el espíritu revolucionario parece así contenido por ese fenómeno, el espíritu progresista de la América independiente se resiente no menos de tal anacronismo.

Los códigos españoles nos tienen hasta cierto punto atados al cadáver del pasado en que se formaron. Por la virtud de esos códigos vivimos en los siglos que duermen en la muerte. Nuestras leyes civiles y criminales son las leyes de la edad media y del colono.

Por otra parte, el derecho que nos rige, diseminadas sus disposiciones en ese inmenso caos de los Fueros, las Partidas, las Recopiladas y las leyes de Indias, es en casi todos los casos una verdadera incógnita perdida en un laberinto á cuya puerta no siempre se encuentra un hilo de Ariadna para aventurarse en él.

Por eso es un acontecimiento de alta importancia todo trabajo que tienda á sacar el derecho de ese caos añejo donde hasta la ley se ha encerrado.

El primer libro del Código del Dr. Velez Sarsfield importa un gran paso dado en este sentido. Y no se extrañe que tal juicio emitamos á pesar de no sernos posible conocer aún el libro de que hablamos. La poderosa inteligencia y la vasta ilustración del autor nos garante de antemano del mérito de la obra.

Mémos ridiosa que una batalla, la aparición de un trabajo de ese género, no atrae á sí tanto como aquella la atención del pueblo, entretendida hoy por desgracia en la contemplación del sangriento drama que se desarrolla en la ya ensangrentado seno de esta parte de la América, tan desgraciada como bella.

Pero cuando la crisis de la guerra haya pasado, y cuando como la pólvora de los combates, se haya convertido en humo la efímera gloria que en ella se adquiere, la sanción

del legislador convirtiendo en precepto cada uno de los artículos del proyecto de que hablamos, sellará el título más envidiable de gloria á favor del ilustre juristaconsulto que lo ha dedicado sus desvelos.

S.

El Poeta y el Fraile.

Con este título se acaba de dar á luz por la imprenta en que se imprime nuestro periódico, una obra en que se ventilan las cuestiones que se vinculan con la Iglesia, y se ataca rudamente el fundamento en que reposa la religión católica.

Debemos hacer nuestra profesión de fe en materia religiosa, antes de entrar á emitir un juicio sobre la obra que mencionamos—juicio á que nos obliga la misión del periodismo y el carácter de esa publicación, á cuyo móvil hacemos plena justicia.

Para nosotros, es fuera de toda duda, que la figura de Jesús, iluminando con los resplandores del jénio la primera grada de la historia, ha inaugurado la era de la libertad y del progreso; ha sembrado la semilla fecunda que fructifica á través de los siglos y va extendiendo sus raíces profundas en el mundo; ha echado las bases en que se sienta el edificio majestuoso de las sociedades, ligando con el lazo invisible de la esperanza al presente sombrío y encapotado, el porvenir jigante que descubrirá la irradiación profética de su jénio en la lontananza de los tiempos.

Jesús aparece en el dintel del mundo moderno con esa aureola que circunda las sienes de los hombres, que en lo más sombrío de los tiempos, en el más atrasado de los pueblos, aceptan la misión de dar cumplimiento á los grandiosos designios de la Providencia.

Jesús aparece, y su doctrina como la primera luz que rasgó la oscuridad del caos, alumbró en su deformidad á los ídolos, en su contradicción á los pensadores, en su confusión é inhumoralidad á las sociedades, en su degradación y falsedad á las monarquías, bajo cuyo peso el globo se estremecía y el látigo se cimbraba en las espaldas del hombre que nació para ser libre.

Su doctrina pura y de asombrosa profundidad, abre á las almas un consuelo inefable y para todos fulgura, desde esa época, en el horizonte del porvenir la estrella de la grandeza, á cuya aspiración se rejuntece, se fortalece y se retempla el corazón.

¡Qué tiempo que vor las tenebrosas maquinaciones del fanatismo que han pretendido empañar la majestad de la historia, con la significación moral de ese acontecimiento que puso la primera piedra en la obra jigantesca que se desarrolla con el curso de los siglos!

¡Qué tiene que ver la doctrina filosófica y moral del hijo del carpintero José con la acumulación de absurdos y de falsedades con que se ha querido destruir su fundamento real para atribuirle un fundamento que la razón rechaza con energía!

¡Acaso los trabajos siniestros que han querido engrandecer y han rebajado á Jesús, haciendo de él un personaje maravilloso, pueden despojarle de su legítima y verdadera grandeza?

¡No está patente el gran acontecimiento de la historia, y podemos negarnos á ver en luz en las faces diversas del progreso que calienta el sol de la civilización!

¡Cómo negar la influencia de ese hecho, como negar que es el punto de arranque de todas las manifestaciones del progreso continuo!

La obra de que vamos á ocuparnos tan ligeramente como lo consienten los límites de este periódico, sin negar precisamente la influencia del cristianismo en la obra de la civilización, hace un rudo golpe, á ese principio, por las formas viciosas que lo han disfrazado, y pretende abatir la institución de la Iglesia por la mala administración de los sacerdotes.

Es necesario buscar el principio y la fuente de la cuestión que se quiere examinar, para no extraviarse en el dédalo de los sofismas, para no defraudar de sus lauros á la verdad, para no facilitar la marcha de las tinieblas que conspiran por otro lado contra la misma verdad, presentando como un ídolo falso al mártir de la humanidad, á la revelación material de una omnipotencia desconocida.

Entre el fanatismo que prostituye la más sublime de las verdades y el pretendido racionalismo que la desconoce y la combate, hay un término medio que acepta la razón ilustrada, que no contradice la lógica ni desmiente la tradición.

La misión de los espíritus que la luz de la inteligencia eleva sobre el nivel común, es trabajar por la demolición de esas creencias absurdas que debilitan y oscurecen el brillo de la verdad originaria, y son abismo vestigiosos de dudas en que se sumerge á las almas débiles.

La propaganda de la libertad de conciencia no quiebra con el respeto debido á la verdad, ni traiciona las verdaderas conveniencias de la sociedad.

Arránquense los falsos ropajes que cubren los templos, y derribense los ídolos falsos que ocupan sus altares, pero que la reforma sea un acto de acatamiento al principio que alza esos templos, un homenaje á la verdad que en ellos se venera.

Al penetrar en esos templos y despojarlos de sus atavíos y de sus emblemas falsos, esclámese con la profunda indignación y la legítima esperanza con que el autor de la IDEA DE LA PERFECCIÓN HUMANA, exclama:

"Necesito venir aquí á ver verdades y oír la grandeza de la doctrina cristiana; necesito alejar de mi vista lo que distrae mis aspiraciones humanitarias; dad al César lo que es del César; ahí tenéis el templo y el evangelio, y no permitiré que en adelante, cubráis sus columnas con el manto de las miserias humanas, ni disfigureis su doctrina con la novela de la tradición individual."

Combátanse los abusos y los vicios de los sacerdotes indignos de su ministerio, y trabájese por la reforma del clero, pero no se deduzca de sus vicios personales la esterilidad ó la inconveniencia del sacerdocio que tiene en nuestras sociedades, principalmente, una misión tan vasta como sublime.

Tenemos que observar por otro lado, que la obra de que nos ocupamos lleva á la exajeración los cargos que filma contra la Iglesia actual, exajeración imperdonable cuando se trata precisamente de combatir las exajeraciones del fa-

natismo, cuyo procedimiento no debe servir, de cierto, á la filosofía de la razón, que nunca es tan convincente y persuasiva como cuando es pura y simple.

En el estado actual de nuestras sociedades nos parece impropia la rudeza con que el autor de *EL POETA Y EL FRÁJIL* encara la cuestión religiosa, si es que lleva la tendencia de insinuar en los espíritus preocupados con las ideas que combatido, el espíritu de las doctrinas que desenvuelve en su obra.

Tanto mas nos parece impropia, cuanto notamos oscuridad y laconismo en el raciocinio que desarrolla, oscuridad y laconismo naturales, si se conceptúa que el autor no ha tratado la cuestión sino tan ligeramente como lo permitía el formato del pequeño folleto que ha dado á luz.

Y en nuestra opinión, el autor no ha debido imponerse el deber de escribir sobre ese tema, sin imponerse igualmente la obligación de hacer su obra tan extensa como la claridad y la lógica lo requieren.

Suponemos que esa obra, en la cual se encierra un *Catecismo de la razón*, está destinada á espíritus que no han recibido la luz de esa razón, y en esta suposición se comprenderá que habíamos abundado en las observaciones que antecedían.

Hacemos justicia al móvil que ha guiado al Sr. D. Nicomedes Antelo, autor de la obra que observamos y uno de nuestros colaboradores, pero entendemos que su doctrina se contradice en sus consecuencias.

Fuera de esto, y para la dilucidación de la materia que trata, es conveniente que la obra se estudie y se analice bajo sus diversos aspectos, porque de ese análisis y de ese estudio que enjendran la discusión, ha de desprenderse la verdadera luz.

AGUSTIN DE VEDIA.

Un Ensayo Histórico.

Acaba de ver la luz un folleto que lleva por título: "Ensayo Histórico sobre la Revolución de los Comuneros del Paraguay, seguido de un apéndice sobre la decadencia del Paraguay y la guerra de 1865," cuyo autor es el Sr. D. José Manuel Estrada, redactor actual de uno de los órganos de la prensa argentina.

Hemos leído esa obra con suma detención y no menos frialdad, y deducimos de su conjunto que el autor ha bebido sus inspiraciones mas bien en la fuente de la pasión que en la fuente serena de la razón imparcial, y de cierto no es la pluma frágil de la pasión la que debe esgrimir el historiador; como no son acentos apasionados é impugnables los que se desprenden del vasto templo de la historia, cuya severa arquitectura detiene al profano en el grave dintel.

No es nuestro ánimo hacer una crítica de la obra cuya aparición señalamos, porque para hacerla completa tendríamos que apartarnos necesariamente del

espíritu que tratamos de imprimir á nuestra publicación, haciendo un esfuerzo sobre nosotros mismos.

Pero hay pensamientos que no pueden escapar al escarpelo de la observación, por la inmoralidad que envuelve su doctrina y la falsedad eterna del argumento que pretende reflejar la luz de la historia.

Refiriéndose el folletista á los que han querido retraer á la República Argentina de la guerra actual, los anatematiza en el siguiente párrafo que hemos leído con profunda, inesplicable sorpresa:

"El pueblo ha rechazado el consejo de esos apóstoles falsos, corazones de cristal, frágiles y huecos; porque concibe con suprema intuición, que en el mundo, luchar es vivir, que cada día tiene su afán, y que las naciones no nacen de los senos de la historia, desenvueltas y armadas, como Minerva de la cabeza de Júpiter; sino que por el contrario, se forman lentamente en la escuela del infortunio y en los trabajos de un progreso penoso y gradual. Ni la sociedad ni el individuo tienen reposo. El último sueño, que es el de la tumba, es el primer descanso del hombre. Por eso está escrito en el Evangelio que la vida es mi. licia. Si una sociedad se detiene, se estaciona. La China es una sociedad, que descansa."

Ha de costar á mas de un espíritu, desprendido de las alucinaciones mitológicas, convencerse de la certidumbre de ese raciocinio que altera todas las leyes de la armonía, que empaña la fuente de las aspiraciones humanitarias, que falsea los fundamentos de la historia, el espíritu del progreso ascendente, la verdad intuitiva del porvenir.—Pero la obra está ahí.

Ahí está como si dijéramos el cuerpo del delito del proceso que han de formar hermanadas la verdad y la justicia, atropelladas en ese razonamiento insensato que tratamos de combatir, si bien con la acritud que responde á la magnitud del ultraje, con la tranquilidad que caracteriza á la razón.

Entendemos que la vida se traduce por el espectáculo de las ardientes luchas libradas en la liza de la razón por los adalides del pensamiento; comprendemos esas luchas que nos revelan la savia intelectual que nutre el seno de los sustentadores; que se manifiestan por ese movimiento armónico y no interrumpido, signo incontrastable del progreso perpetuo; por esa noble rivalidad de los elementos que conspiran por impulsar el carro majífico de los adelantos de un pueblo: por esa envidia alta y estimulante que hace rodar el presente y precipitarse el porvenir engalanado con esos lauros que ni salpican ni son salpicados de sangre.

Comprendemos que la lucha de las ideas y de las

aspiraciones que no se estrellan en la roca tarpeya de los baluartes, simbolize la vida, la vida que anhelamos los que llevamos en el alma sed de progreso, de justicia y de verdad; los que sentimos desprenderse una emoción desde el fondo del corazón, por cada gota de sangre que se estiende en el lienzo de la historia.

Pero de esas luchas que convierten al ciudadano en soldado, que detienen el surco del arado, abandonando al cañon la sucesión de la obra, y en vez de depositar la semilla de la industria en el seno de la tierra, llevan el plomo al pecho de los labradores; de aquellas luchas que aumentan la inmensa cosecha de la humanidad, á las luchas que la disminuyen, hay la distancia que separa á la vida de la muerte.

El ideal que persiguen los hombres como los pueblos, es la paz, la paz fecunda, que desparrama la abundancia por la tierra que se fertiliza á su sombra; la paz que se envuelve en las alas inmensas de la libertad y sopla con sus brisas; la paz, sí, en la que únicamente reside el secreto de la armonía y la única que puede dar dirección á la actividad humana, impeliendo al hombre al cumplimiento de su destino en la tierra.

Falso es que la lucha sangrienta sea una lucha de vida; falso es que el trueno del cañon sea un eco de vitalidad, y un signo de progreso; falso es que la violencia conduzca á la fraternidad; falso que de en medio de los campamentos y de las batallas se alze la libertad; falso que la libertad rodee sus sienas con otra corona que la corona de olivo.

Las guerras no hacen sino desviarnos de nuestro destino, retardar su cumplimiento, y no pueden ser consideradas en todo caso sino como una necesidad fatal, cuyo yugo es inevitable.

Pero continuemos analizando ese párrafo que tanto se presta al análisis.

¿Qué doctrina es la que destierra del suelo toda esperanza, toda idea de reposo y de felicidad?

¿Porqué el último sueño, ha de ser el primer descanso del hombre honrado?

¿Qué porvenir es el que nos dibuja el autor de la obra en cuestión, cuando descorre á nuestros ojos, horizontes tras horizontes, teñidos de rojo, y por única satisfacción la que envuelve el sudario de las tumbas?

¿Qué moral es esa, que compara con la China, á la Nación que pone un paréntesis á la lucha en que los hombres se devoran recíprocamente?

¿Qué clase de existencia es la que tiene que sacrificarse perennemente en los altares de ese ídolo insaciable que se llama la guerra?

La máxima evangélica no ha tenido intérprete fiel en el católico á quien observamos. Nosotros nos hemos inspirado realmente en ella al acumular las observaciones que preceden.

Pero hay mas todavía, y esto tiene su originalidad. El autor nos pinta á una República rechazando el consejo de los que llama falsos apóstoles, por la mera intuición de una idea, parodia sacrilega del Evangelio.

Hay lógica y sensatez en el procedimiento? ¡Hay lógica y sensatez en apostrofar de corazones de cristal, frágiles y huecos, á los apóstoles de que se habla, por una mera inducción, sin la conciencia de la verdad, por que no hay conciencia del futuro?

Se comprende que hacemos abstracción completa de la originalidad de las formas, para detenernos en la originalidad de la idea. Aquella puede ó no satisfacer al buen gusto literario, puede ó no sujetarse á las reglas establecidas por la lógica gramatical.

Nuestra idea era dar mas ampliación á este artículo, pero reflexionamos al llegar á esta altura, que hemos dicho lo bastante para dar cumplimiento á nuestro propósito y á nuestro deber.

AGUSTIN DE VEDIA.

VARIETADES.

La democracia en el siglo XIX.

Ningun siglo ha sido mas fecundo en resultados morales que el siglo XVIII; puede decirse que cuando menos se fijaron en él las teorías de la verdadera libertad, y el pensamiento de los filósofos y de los políticos, parecía no conocer otra misión que el problema de restituir al hombre, lo que los tiranos de todos los tiempos, le habían usurpado.—Era sorprendente ver á una generación privilegiada exigiendo en nombre de las generaciones futuras la reivindicación de los derechos de la humanidad; era digno de veneración ver como se llamaba á juicio, ante el tribunal de la verdad, á los usurpadores de esa sublime propiedad de los pueblos; era un acontecimiento admirable ver realizarse esas teorías, esos derechos y esas esperanzas en una República, levantada sobre el colono de la América. Desde entonces la democracia ha tomado cuerpo y vida en ese pueblo gigante, como las preocupaciones de la Europa y sus vicios tradicionales se habían personificado en ese otro gigante que con un pié hundió los progresos del siglo pasado y con el otro abrió á la marcha de los reyes y de los emperadores, las puertas del siglo presente.

En la liza de toda la humanidad entró sus derechos y sus usurpaciones, dos grupos bastan para caracterizarla. El pueblo americano y las lecciones de la Francia; el primero levantando al hombre á la esfera de su dignidad y de sus derechos, las segundas sustituyendo á todo su propio grandeza.

Washington es el coloso de la verdad y de la virtud, por que fué el apóstol de la democracia. Napoleón es el coloso de la gloria, por eso es que esta figura cabe en los contornos de los heroes, aun de los tiempos del paganismo, por eso es que aquella no halla otra que confundirse.—En ninguna edad ha habido un Washington; en todos tiempos han habido Césares y Alejandro.

Pero era necesario que la antitesis fuese mas señalada, tal vez que el martirio con su sangrienta demostracion, pudiese de relieve la diferencia que existe entre el hombre que proclama el derecho y el hombre que consagra la violacion de ese derecho.

Washington habia muerto tranquilo, su edad no le habia erijido que bajase al sepulcro con la amarillenta corona del martir.—Pero sobre el mismo pedestal donde se habia elevado, tenia un sucesor digno de él y digno de ese pueblo gigante, de cuyo seno se elevaron esos caracteres.

Lincoln estaba de pié, señalando lo que faltaba á la obra de redención, lo que oscurecia el principio sagrado de la igualdad, lo que ligaba aun la libertad de nuestra época con la libertad de las épocas paganas, en una palabra, la página del evangelio que aun no se habia vuelto! Lincoln estaba de pié señalando las cadenas del esclavo y un pueblo generoso, vertiendo su sangre por redimirlos.

Era eso poco, faltaba que el Apóstol sellase su apostolado con la sangre de su corazón, y la última bala fundida por la rebelion lo hizo brotar fuera de su pecho como el testimonio de la verdad de su propaganda.

La democracia en el siglo XIX ha hecho ya el consumo necesario para demostrarse como idea y como practica.

Un paso de gigante se ha dado pues hacia el porvenir.

Mientras tanto, Juarez, repite el eco de la voz ahogada en los labios de Lincoln; Juarez conduce tambien á su pueblo al camino de la libertad y como todos los Apóstoles de la democracia, esclama, que dará su vida si falta aun una víctima para ocrar el martirolojio de la libertad.

Bendita democracia! solo tú inspiras de este modo; solo tu ardiente aspiracion levanta estos genios, honor y orgullo de toda la humanidad. ¡Que son los grandes generales al lado de estos humildes ciudadanos! ¡Que son los Césares, de todos los tiempos al lado de estos incomparables apóstoles de la verdad!

La democracia en el siglo XIX ha llegado á su periodo de triunfo y de orgullo.

El gran pueblo americano con el vigor y la experiencia adquirida en la lacha, será la salvaguardia de toda la América, como es ya el ejemplo de la Europa. Ved ya á la España, huyendo avergonzada de Santo Domingo! ved ya á Maximiliano temblando sobre su trono. ¡Que tiemblen todos los que como él se sientan bajo el dosel que levantó la esclavizada grey!

El principio se salva; ya no pasará el siglo XIX en blanco de progresos morales.—La democracia ha dado un paso de gigante y este es el acontecimiento que recojerá la historia como la época mas caracterizada.

Puede decirse que recién el siglo XIX se muestra digno sucesor del siglo XVIII.

GREGORIO PEREZ GOMAR.

Síntomas de la decadencia de los pueblos.

Frecuentemente se habla de la decadencia de los pueblos, pero esta materia se trata del modo mas arbitrario, y como desgraciadamente el espíritu de partido, de localidad ó de nacionalismo, entusiasma á la mayor parte de los escritores, son llevados á sentar por base que decadencia es todo lo que se opone á sus sentimientos apasionados.

El hombre no se apercebe por lo general que una alma esclavizada por el falso y fatal criterio de la parcialidad, es incompetente para tratar toda cuestion en que sea necesario encarar las tendencias de la humanidad, la ley invariable que rige sus acciones y que emana de Dios y la unidad en que se refunden esas tendencias y los esfuerzos que hace por dar cumplimiento á ese divino designio.

Para el partidario, que, no digamos ya la humanidad, la Patria no tiene otros horizontes que los del círculo de sus hombres y de sus ideas; para el localista, que cree encerrado al mundo entre los límites de un lugar, para el nacionalista fanático, que así como los chinos creen que el cielo solo cubre su imperio, cree á su vez que el mundo entero debe amoldarse á los destinos de su nacion, la decadencia de los pueblos es una idea relativa y miserablemente concebida en la estrechez á que se reducen esos mutiladores del destino humano.

La humanidad si bien se manifiesta en fracciones de hombres que se agrotan bajo distintas banderas y en separadas regiones, se confunde en la unidad de un mismo fin y de unas mismas aspiraciones. Antes del cristianismo esa unidad se buscaba en la conquista y en la preponderancia de un pueblo ó de una raza; despues del cristianismo en el precepto de un Dios único, legislador del Universo.

Antes del cristianismo, la fuerza y el valor, que se creia la expresion de la voluntad de los dioses, debian resolver la cuestion de preponderancia en los unos, de sumision en los otros. Despues del cristianismo, la justicia, una de las verdades morales que emanan de la armonia universal, se ha presentado como la única misión del hombre y como la única razon obligatoria. De manera que antes se pensaba que el vencido, caido bajo el poder del vencedor, debia someterse á un destino preceptuado así por los dioses, y hoy el vencedor injusto es precisamente quien infrinje el destino de la humanidad, y el vencido, caido bajo el peso de su desgracia, se levanta moralmente hasta la esfera de esa armonia divina.

Antes del cristianismo pues, la decadencia de los pueblos, era un abatimiento; la desgracia no solo bañaba en lágrimas y sangre á los pueblos que la sufrían, sino que tambien los hundia en el abatimiento y en la infamia de no haber podido merecer el favor de los dioses.

Pero el paganismo, no ha desaparecido aún en el siglo XIX; la sangre de Cristo no se ha esparcido suficientemente y la redencion del mundo no está consumada.

El paganismo se prolonga desde la tumba de los siglos pasados, como un hálito de muerte sobre el presente, porque no basta condenar una época para sepultar sus preocupaciones, no basta reconocer una idea nueva para sustituirlas, necesario es que la idea engendrada por la razon, viva por el sentimiento y se humanice por la conciencia.

El cristianismo es para la razon una idea aceptada, pero por lo mismo que exige un sacrificio á la pasion, pugna con el sentimiento y tortura la conciencia de los sibiritas, de los explotadores y de los explotados.

El paganismo pues, apesar de las verdades del evangelio, se levanta como un fantasma de su fosa y pasea por los pueblos extendiendo su sudario sangriento desde el trono de los emperadores, desde la silla de los pontífices, desde el alcázar de los poderosos, hasta los lugares donde se agrupa, ignorante, fanatizado, servil y miserable el pobre pueblo sobre quien pesan cetros, dáculos y tiaras.

No exageramos. ¡Que hay de cristiano en los hombres providenciales de la época! ¡Que hay de cristiano en el prelado que pontifica bajo dosel y replandeciendo de oro! ¡Que hay de cristiano en el rico sibirita! ¡Que hay de cristiano, fuera de la fé con que se explotado, en ese pueblo que hinca una rodilla ante el emperador y otra ante el confesionario! Y tambien eran providenciales los heroes que los Dioses coronaban con el triunfo, tambien pontífices los que guardaban el misterio de los tiempos de Jupiter y respondian por los oráculos, tambien eran sibiritas los ricos de otro tiempo, tambien eran explotados los pueblos idólatras!

Quiere decir que la humanidad lucha aun por desasirse de ese fantasma que pretende arrastarlo á la tumba del pasado, cuando ella se examina á la vida del futuro; quiere decir pues que su destino está en secudir esa mortaja de paganismo con que quiere velarse la verdad que la unifica.

El destino de la humanidad es ese; condenar la mentira del pasado, dar vida á la verdad del presente, abrir la inteligencia á las conquistas del futuro. Con la realizacion de la justicia, sacada como un rayo de luz, del centro de la armonia universal, la humanidad realiza su misión, porque la justicia es la idea que llena toda la razon y ajita todo el sentimiento y satisfice en todas sus exigencias ese regulador de la vida que se llama conciencia.

Para juzgar de la decadencia de los pueblos, es necesario elevarse hasta esa idea; los pueblos que se agrupan á ella, la siguen, la ensalzan, la realizan, están en la via del progreso, porque están en la misión humanitaria; los pueblos que se separan de ella, que la sustituyen con la tradicion pagánica del prestigio, del fanatismo, de la riqueza, están en decadencia.

Aquellos pueblos que proclaman la libertad y oprimen al desgraciado, que juegan con los destinos de los otros pueblos débiles, que quieren llevar la civilizacion á bayonetas, como la inquisicion llevaba la fé á fuerza de hogueras, aquellas asociaciones que guardan en el misterio sus fines, que se rodean de aparatos y lujosos ornamentos, lo mismo que los que se revisten con la apariencia de la humildad, para dominar mejor, estos pueblos y estas sociedades, por mas prepotentes que se ostentan, son los que están en verdadera decadencia.

Pero el pueblo que en defensa de sus derechos y de los derechos del débil, se lanza al sacrificio y derrama su sangre generosa, ese pueblo está en la misión humanitaria, por mas que el destino lo tenga aún alejado de la realizacion de sus altos fines.

Mas lejos de la libertad está el pueblo injusto, aunque la sepa proclamar, aunque la tenga escrita en sus códigos, que

el pueblo que combate por la justicia, aunque aún no acierte á pronunciarla, aunque no la haya copiada en sus leyes, porque la libertad es la justicia, porque la justicia abriendo sus alas, dará abrigo á todos los derechos, y el goce de los derechos es la libertad.

¡De qué sirve tener un complicado sistema plagado y mal plagado, si ese sistema se quiebra en la arbitrariedad de los malos y en la ignorancia de los buenos! ¡De qué sirve tener un recinto donde ir á pronunciar frases hermosas, si esas frases son mentidas, como las flores que se deshojan sin enjarsarse jamas para promover un fruto! ¡De qué sirve tener una prensa si esa prensa ha de ser taller de mentiras y foco de torpes difamaciones! ¡De qué sirve la promesa de las garantías si ellas desaparecen para quien no tiene suficiente oro para comprarlas ó suficiente posicion para que se les respeten!

Esos pueblos que mienten en la ley, que mienten en las Cámaras, que mienten en la prensa, que mienten en los salones, que mienten en las bolsas y bancos, pueblos estafadores de libertad y de garantías, de crédito y de posicion social, esos son los que están en triste decadencia.

Esos pueblos son los que están mas distantes de la libertad y del progreso, porque son los mas oprimidos de la injusticia, porque son la tradicion letal del paganismo. Esos pueblos que se jactan de lo que no tienen, que respetan al poderoso porque la infraccion seria notoria en él y oprimen al pobre porque nadie se preocupa de su desgracia; hipócritas fariseos que ostentan su vanidad y su lujo aún en la apariencia de la justicia y esconden su miseria con el manto de la grandesa!

Esos pueblos que se atreven á condenar el atraso de los otros, cuando nadie los aventaja en errores y en iniquidades; esos son los que están en decadencia.

¡Acaso el progreso es esa apariencia ficticia de bien estar! ¡Qué importa que unos cuantos vivan en mármoreos palacios si el pueblo vive en chozas!

¡Qué importa que hayan opulentos si el pueblo no puede labrar las tierras! ¡Qué importa el camino de fierro, el telégrafo eléctrico y demas conquistas de la civilizacion; si el pueblo en masa va á los campamentos, en vez de ir á producir efectos para transportar por esos caminos y grandes acontecimientos para comunicar por esos hilos!

No, el progreso no está en las apariencias; la perfeccion no está en la mentira.

¡Queréis tener derechos para apreciar la decadencia de los pueblos!

Predicad primero la justicia, porque solo ella es la norma verdadera del progreso; rendid culto á la verdad, porque solo ella es capaz de dar dignidad á una asociacion.

En una palabra, condenad el paganismo tradicional, realizando el evangelio!

X.

La pasion de Cristo.

I.

Hé aquí uno de los puntos mas luminosos que se encuentran en el camino de la historia.

Hé aquí una de las manchas mas oscuras que

ennegrecen la vida de la humanidad.

Cristo—la pasión.

La noche de la ignorancia cubría con sus alas nebulosas á las tristes muchedumbres que esclavizaba el fanatismo.

Las preocupaciones subyugaban á las masas populares, que rendían abatidas la cabeza ante las fantásticas creaciones de sus augures ó de sus druidas, de sus sibilas ó de sus profetas.

—La esclavitud carcomía las entrañas de las sociedades que regia el paganismo—La esclavitud degradaba á los pueblos que adoraban á Jehová.

Y gemía bajo el látigo del señor que la compraba, ese ángel tan puro como los ángeles del cielo, que se llama la mujer.

Y la filosofía estaba muerta, y la moral sin vida. Y la libertad espiraba en Atenas y la justicia en Judea.

Y era el libertinaje el timbre de la gloria que ostentaban los Romanos.

Y preponderaba la fuerza, y la virtud se humillaba.

Y los pueblos gemían y la sociedad que pisaba el pavimento de sus crímenes y que solo los rayos de sus delitos alumbraban, temblaba sobre aquel, y se enojecía con estos.

Las sombras reinaban sobre todo el universo.

Fué en vano Sócrates, en vano fueron sus discípulos.

La luz de sus inteligencias no había podido atravesar la capa de la ignorancia que cubría á las multitudes.

La sociedad se perdía.

II.

¡Quien es ese que desde Nazareth viene anunciando el reino de los cielos!

¡Quien es ese que llama á los pescadores para que pesquen hombres!

¡Quien es ese que en pos de sí se atrae las muchedumbres!

¡Quien el que habla de humanidad, de fraternidad, de libertad, de caridad!

Las sombras reinan sobre todo el universo. ¡Quien disipa las sombras! ¡Quien es el portador de la luz de la verdad!

Los fariseos temblaron, y rugieron los escribas.

He ahí que el pueblo alborotado sigue al hombre.

Y el hombre hace el milagro; porque cura las llagas, por que devuelve la vista, porque resucita á los muertos.

Las llagas de las conciencias, la vista de los espíritus, los muertos del escepticismo.

La virtud, la razón, la fé.

Y he ahí que el pueblo alborotado sigue al hombre. ¡Hosanna! ¡Hosanna! al que viene en el nombre del Señor.

Y el hombre anatematizaba á los tiranos, y consolaba á los afligidos, y favorecía á los pobres, y cuidaba á los enfermos, y predicaba la virtud.

Y criticaba á los fariseos y reprendía á los escribas.

Y hablaba la verdad; y á la predicación unía el ejemplo.

Y condenaba á los hipócritas.

Por eso temblaron los escribas y los fariseos rugieron—Por que era bueno, por que era humilde.—Por que envuelta en su conducta estaba la acusación de la maldad y del orgullo.

III.

Aun estan verdes la oliva y la palma de que la multitud alfombró el camino del justo.

¡Que quiere el pueblo que vocifera agolpado á las puertas de sus magistrados!

“¡Crucifícale! ¡Crucifícale!” le gritan á Pilatos.

Al lado de Pilatos, está Jesus llagado y con el traje denigrante de los delincuentes.

He ahí al hombre contesta Pilatos y les señala el cuerpo demacrado, ensangrentado de aquel á quien ocho dias antes aclamaban como unguido.

“¡Crucifícale!” “¡Crucifícale!”—“¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!”

Y Pilatos se lava las manos, y le queda manchada la conciencia.

Y el hijo del hombre es entregado al pueblo que presa de una locura frenética, le befa y le escupe y le maldice y le abofetea y le escarnece.

IV.

El justo está enclavado en la cruz oprobiosa del Calvario.

Han cesado los latigazos, han cesado las escupidas.

La corona de espinas, escarniosa parodia de la corona de laureles, adorna y ensangrienta las sienes del que regenera á las muchedumbres.

Y el pueblo risotea, y el ridículo sustituye á las ovaciones de la gloria.

¡Blanco y dulce cordero, verbo de amor encarnado para aplicar el bálsamo á las llagas del egoísmo, de la esclavitud, del escepticismo, he ahí que aquellos á quienes alentó tu caridad, á quienes liberó tu palabra, á quienes confortó tu doctrina, te maldicen!

Y el hijo del hombre les mira, y oye sus burlas, y aun les compadece.—Y ruega por ellos al eterno padre.

Combates por su causa y te abofetean; les predicas la virtud y te dan por compañeros dos ladrones.—Ahí

está el premio de tu amor y de tu abnegación, espíritu purísimo!

“¡Sed tengo!” dice el justo, y le dan para apagarla, una esponja con hiel y con vinagre.

—¡Que horrible debe haber sido su estremecimiento al tocar esa esponja con sus labios!

Y lo vieron las mugeres que le acompañaban, y lo vió su madre.

¡Bárbaros! así mortificas al que por vuestro amor sufre el patíbulo!

Pero ese amor era mas grande que el mas grande martirio que podia inventar la crueldad de los Judios.

El justo sufrió, se estremeció, y no maldijo.

Tendió una mirada de desesperación en torno suyo, y las carcajadas de sus verdugos contestaron su demanda.

—¡Que momento terrible ese momento!.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

escuchar al que los proclamase, que dejarían sin séquito al mismo Homero que viniese á cantarles sus trocos, estos pueblos que se ven agitarse al parpoer indiferentes á todo lo que no lleve al fin de adquirir oro, no han dejado por eso de llenar la necesidad del espíritu; no hay uno solo de esos individuos que no haya leído el diario. Guttemberg comprendiendo que el mundo se iba haciendo mas exigente y mas difícil, inventó el medio de alimentar el espíritu sin necesidad de perder tiempo ni de ocurrir á una cita; constituyó ese magnífico fogón llamado prensa, y poco despues se cocieron en él esos pasteles llamados diarios; la poesía perdió, en cuanto esas meriendas espirituales no son ya la fiesta social de los antiguos tiempos, pero el positivismo ganó, en cuanto cada ciudadano al levantarse de su lecho, se engulle en un instante y mientras se prepara á salir, un par de esos pasteles, que buen cuidado se pone en repartir á domicilio. ¡Qué importa que nuestros ciudadanos hoy sean materialistas todo el día, si antes con dos miradas sobre el papel, se han puesto en comunicacion con todo el mundo!

Una desventaja, y á fé no pequeña, tiene el nuevo sistema de nutrición espiritual. Antigamente cocina, comestible y cocinero todo se exhibía á los parroquianos que presenciaban lo que iban á saborear; hoy todo se confecciona misteriosamente y el parroquiano ignora si le hacen comer gato por liebre.

Consecuencia: desde que tanto se fia en la buena fé del artista encargado de condimentar el pan del espíritu, este artista debe poseer en grado superlativo esa preciosa y rara cualidad. Corolario: por lo mismo que es tan rara y preciosa esa cualidad no la poseen por lo general los que asumen tan delicada misión, y en esto entró la causa de las indigestiones y terribles enfermedades que aquejan hoy al espíritu, en casi todos los pueblos.

El remedio parece muy sencillo; hagamos probos é intachables á los restauradores de las fuerzas morales y todo condicirá á pedir de boca, y cada ciudadano tendrá un espíritu sano y robusto; el remedio es sencillo, es cierto, mas quién le pone el cascabel al gato!

¡Quién se lo pone! Bah! en otras partes del mundo en que sé anda con miramientos, puede ser esto cuestionable, pero no en el Rio de la Plata donde hemos resuelto todas nuestras cuestiones, quedándonos solamente por resolver las agenas.

Pues sería bueno que la policia prohibiera vender al público sustancias nocivas ó adulteradas, para daño de un estómago, y nuestros gobiernos paternales no cuidasen de que ideas igualmente nocivas é igualmente adulteradas se expendan al público, para daño de su espíritu; y así como hay revisadores de sustancias alimenticias, hay fiscales, ó sean revisadores de artículos destinados á la nutrición del alma; tambien hay en los códigos facultativos para poder graduar ese alimento, porque no siempre conviene entregarse á satisfacer el apetito; hay épocas en que nada conviene tanto al público como una moderada dieta, tal es el estado de sitio, como si dijéramos el estado de crisis en que el enfermo no debe cargar el estómago.

Todo está perfectamente arreglado. El pueblo puede comerse un desayuno ó merienda sin preocuparse de la bondad del artículo.

JOSE SIENRA Y CARRANZA.

SECCION RECREATIVA.

La vida intelectual en el Rio de la Plata.

Es inconcebible, no solo en los pueblos sino aun en las tribus, una subsistencia puramente material, porque es inconcebible el hombre sin el pensamiento y la reunion de los hombres sin la mútua comunicacion de los pensamientos, que forma la vida intelectual. En los tiempos antiguos, méros á la ignorancia de los medios de propagar y perpetuar las ideas, el pensador hablaba en las plazas ó cantaba á las puertas de los mercados, y los pueblos suspendian un momento sus tareas, para recibir, oyendo á los oradores ó los poetas, ese pan del espíritu tan indispensable como es el pan cotidiano con que alimentamos el cuerpo. Hoy, estos pueblos que desearían interrumpir sus transacciones para

La invención de la prensa tenía que completarse con la invención de que no sirve sino para distribuir al público un pan espiritual a la altura de sus necesidades. Lo primero fue obtenido por Gutenberg; lo segundo, aunque descubierto también, es atribuido al primer Gobierno que se preocupó con la salud moral del pueblo.

No es de extrañarse pues, que entre nosotros haya indiferencia por la cosa pública; que solo nos ocupemos de nuestras tareas ordinarias y materiales, desde que nuestras leyes y nuestras prácticas, nos dan la conciencia de que al menos en los artículos de primera necesidad, nuestro sustento intelectual, está garantido de todo fraude.

La vida espiritual; la vida del pensamiento, ha sido reducida a su más simple manifestación. Pero los pueblos que son ingratos a los beneficios que sus gobiernos paternales les hacen á cada instante, suelen descontentarse de que así se los quiera graduar su alimento.

Al fin y al postre, esto no es sino cuestión de gula y los gobiernos han inventado también el medio de resolverla, cuyo medio se llama golpe de Estado.

B.

LA MUERTE DE CALMAR Y ORLA.

IMITACION DE MACPHERSON'S OSSIAN.

TRADUCCION DE LA PROSA DE LORD BYRON.

POR VICENTE LOPEZ LOZANO.

A MI AMIGO AGUSTIN DE VEDA.

Queridas son las horas de juventud! La vejez cobija sus recuerdos entre las nieblas del tiempo. Al través del recuerdo invoca las horas risueñas de la mañana, y levanta su gaudaño con mano temblorosa. No débilmente empuña yo la espada á la faz de mis padres. La raza de los héroes ha pasado! pero su fama nace en las cuerdas de las harpas; sus almas se deslizan en las alas de los vientos, y ellos oyen sus notas entre los silvos de la tormenta; y se regocijan allí en su morada de nubes. Así fué Calmar. Una piedra negruzca marcó su angosta sepultura, y mira hacia abajo por entre los reflejos de la tempestad. Su imagen gira entre el torbellino, y se pasea incesante entre el soplo aéreo de la montaña.

En el país de Morven moraba el jefe. Era un rayo de la guerra en su mano de Tingal. Sus pisadas estaban marcadas con sangre sobre la huella; en la lanza había hecho llorar á los hijos de Lochlin. Pero apacible era la mirada de Calmar. Suaves eran los ríos de su cabello rubio, que brillaban como el interior de la noche. Mujer ninguna ocupaba su alma; su espíritu estaba consagrado á los amigos, á Orla, el de-cabello negro, el Vencedor de los Héroes; sus espadas eran iguales en el combate, pero soberbio era el orgullo de Orla; solo Calmar era su amigo; ambos moraban en la caverna de Oitona.

Desde Lochlin, se extendía el Seravan á lo largo de las ondas azuladas. Los hijos de Lochlin habían caído ante su brazo. Tingal despertó á sus jefes para el combate. Las

naves cubrieron el mar; las huestes ocuparon en tropel las verdes colinas, y volaron en ayuda de Erin.

La noche se levantó entre nubes. La oscuridad vela sus ejércitos. Pero los robles intrusos, resplandecen por entre la sombra del valle. Los hijos de Lochlin dormían; sueños eran de sangre. Se habían olvidado de sus lanzas y creían que Tingal llora. No hacia lo mismo la hueste de Morven. Velar en su puesto era el deber de Orla, y Calmar estaba á su lado. Tenían ambas lanzas en sus manos. Tingal llamó á sus jefes; ellos acudieron. El rey estaba en el centro, sus cabellos eran negros, y potente era su diestra. La edad no había agotado sus fuerzas. "Hijos de Morven! mañana encogtramos al enemigo, dijo el héroe. Pero tú estás Cuthullin, el sordo de Erin! Está en los palacios de Tur; no sabe nada de nuestra llegada. ¿Quién puede llegar por entre Lochlin hasta el héroe, y llamarlo á las armas! La huella, está entre las espadas del enemigo; pero muchos son mis valientes. Son centellas de la guerra. Hablad, ó jefes! ¿Quién se atrevirá?"

"Hijo de Tremport! mi será la hazaña," dijo Orla el de los cabellos negros; y misa sola. ¿Qué es la muerte para mí! Adoro el sueño del fuerte; pero papapá es ahora mi peligro. Los hijos de Lochlin duermen. Yo buscaré al guerrero Cuthullin en su carro. Si muero, que los bardos canten mi vida; y enterradme en las riberas del Lubar. Piensas morir solo?" dijo el rubio Calmar. "Dejarás atrás á tu amigo! Jefe de Oitona, no es débil mi brazo en la guerra. Puedo verte morir, sin usar de mi lanza. No, Orla! nuestra ha sido la cohercia del Corvo, y la fiera del marisco; sea nuestra también la huella del peligro; nuestra ha sido la caverna de Oitona; nuestra sea también la angosta tumba que nos ha de guardar en las riberas del Lubar." Calmar, dijo el jefe de Oitona, ¿porqué han de ser enlodados tus rubios cabellos, en el polvo Erin! Deja que muera yo solo. Mi padre mora en su morada de aire; y se alegrará de ver allí á su hijo; pero Mora la de los ojos azules, prepara la fiesta para su hijo en Morven. Ella vela en su mente por las pisadas del cazador, y piensa que son los pasos de Calmar. No dejes que diga: Calmar ha muerto; bajo el acero de Lochlin; murió con el tético Orla el jefe de las cejas negras. Porque han de correr lágrimas, por los ojos azules de Mora! Porque ha de maldecir su voz á Orla culpable de la muerte de Calmar! Vive Calmar, vive para que levantes en mi sepulcro, la mugrosa piedra que me ha cubierto; vive, para rengarme con la sangre de Lochlin. Que el canto de los bardos se levante sobre mi tumba. Dulce sea el himno de muerte para Orla, entonado por la voz de Calmar. Mi espectro sonreirá á cada una de esas notas de alabanza." Orla dijo el hijo de Mora, "Podré yo, entonces; el canto de muerte á mi amigo! ¿De dar yo, su fama á los vientos? No, mi corazón se expresaría con suspiros: abatidas y débiles, son las sensaciones del pesar; Orla! nuestras almas han de oír juntas ese himno, sólo una nube ha de ser nuestra en las alturas; y los bardos, han de unir en sus cantos los nombres de Orla, y Calmar."

Dejaron el círculo de jefes; dirijen sus pasos hacia la hueste de Lochlin. El brillo opaco del roble, irradiaba tremolamente bajo la noche. La estrella del norte, señala la huella de Tura. El rey Sivaran duerme en su solitaria

Colina. Las tropas están mezcladas; duermen estudas; con sus escudos bajo las cabezas. Sus espadas resplandecen por grupos hacia tino y otro lado. Los fogones están apagados, y la ceniza se desvanece en humo. Todo calla, pero la tormenta ruje por encima de las rocas. Con un paso ligero, van los jefes por entre las huestes dormidas. Están á la mitad del camino, cuando Mathon descansa en su escudo sorprende el ojo de Orla. Se enfurece, y centellas en la sombra levantando en alto su lanza. "Jefe de Oitona, porque cifies tus sienes dijo el rubio Calmar; estamos en medio de los enemigos." En momento de dadas. "Es momento de venganza, dice Orla el de las cejas negras. Mathon, de Lochlin duermes; no verás lanzas! Su punta está enrojecida con la sangre de mi padre; que la sangre de Mathon, huuuee sobre la punta de la mía. No quiero matarle dormido ¡oh Hijo Mora! quiero que sientas tus heridas. Mi fama no se ha de empañar, con la sangre de un dormido. Levanta Mathon, levanta! El hijo de Conna'te llama, tu vida es suya; levanta y ven al combate! "Mathon se despeja de su sueño; pero se levanta solo. "No los demás jefes en tumulto ocupan el llano." Huye! Calmar huye!" dice Orla el de las cejas negras. "Mathon es mio; moriré con placer; pero ya ves que toda la Tribu de Lochlin nos rodea. Huye! á favor de las sombras de la noche." Orla se vuelve. El hielo de Mathon ha sido ya hendidó; caesele el escudo de la mano; y se revuelca bañado en sangre, hasta caer al pié del verdoso roble. Strumon lo vé caer; creece su rabia; su dardo revolotea sobre la cabeza de Orla; pero una flecha penetra en su ojo. Saltansele los sesos por la herida, y cae bajo la pica de Calmar. Así como se estrellan las olas del Oceano contra dos fuertes barcas del norte, así se arrolla la hueste Lochlin contra los jefes. Y así como ellas rompen las espumas, y se balancean orgullosamente sobre el mar, así también se levantan los jefes de Morven; en las escarpadas crestas de Lochlin. Llegá el sonido de las armas hasta los oídos de Tingal. Golpea su escudo; sus hijos circulan, y toda la tribu se levanta á lo largo del campamento. Ryno se regocija. Ossian se pasea ostentando las armas. Oscar revuelve su hasta. Y el hijo de águila de Tillar flota gallardamente al viento; terrible es el grito de muerte! Muchas son las viudas de Lochlin. Morven prevalece en su fuerza.

La mañana brilla en las colinas; ningún enemigo queda vivo; pero los muertos son muchos; sus torvos rostros descansan en Erin. Las brisas del Oceano soplan en sus oídos sin que despertén. Los halcones chillan sobre su presa.

¿Quién es el que cubre con sus cabellos el pecho de uno de los jefes! Resplandecen como el oro del extranjero, y se mezclan con los negros cabellos de su amigo. Es Calmar que duerme sobre el pecho de Orla. La corriente de sangre de los dos héroes es una misma. Tierna es la mirada del tético Orla. No respira; pero su ojo es todavía una llama. Su mano, reposa en la de Calmar; yabe descubierta la frente pero Calmar vive, vive sí, aunque abatido y moribundo. "Levanta" dijo el rey; "levanta, hijo de Mora! Cumpleme curar las heridas de los héroes. Calmar volverá á correr por las colinas de Morven."

"No! nunca más podrá Calmar cazar con Orla; los oídos de Morven, dijo el héroe. Qué valdría cazar solo! Quien

ha de compartir los despojos de la batalla con Calmar! Orla ha muerto! Aspera era el alma de Orla pero para mí era suave como el rocío de la madrugada. Contra otros briffaba como los ralmápagos, y para mí era dulce como el rayo plateado de la noche de luna. Llévame mi espada á Mora, la de los ojos azules, y colgáda en mi vacía morada. Aunque no sea limpia de sangre, no bastó para salvar á Orla. Enterradme junto con mi amigo; y que se alze para ambos el himno; cuando muera.

Los dos Héroes, fueron enterrados en las márgenes del Lubar.

Cuatro grandes piedras negruzcas, marcan el sepulcro de Orla y Calmar. Cuando Sivaran fpe sometido; nuestras velas se levantaron sobre las azules ondas. Los vientos enderezaron nuestras barcas hacia Morven; y los poetas levantaron el canto á los dos héroes.

Que espíritu es aquel, que se levanta entre las negras masas de nubes! De quien es aquella fantasma opaca, que vislumbra entre los rojos ralmápagos, de la tormenta! Su voz se confunde con los truenos. Es Orla, el jefe negro de Oitona. Era sin par en la guerra. Paz á el alma de Orla; tu fama no perecerá! Ni la tuya oh Calmar! Cuan amable fuistes vos oh hijo de la rubia Mora! Pero no menos fuerte era tu espada. Ella está suspendida en tu caverna y los espíritus de Lochlin, chillan al rededor de su brillante oja. Oye tu alabanza oh Calmar! Ella mora en la voz del Todo-Poderoso. Tu nombre repercute, en las cavernas del Morven. Ajita tus cabellos ¡oh hijo de Mora! hazlos brillar en el surco del arco-iris, y sonríe entre las lágrimas de la tormenta.

Buenos Aires, 14 de Junio de 1884.

SECCION POETICA.

Amor del Desierto.

(Índita)

Pende de lenho á lenho á rede extensa:
Allí deseano toma o corpo laço;
Allí se esconde a maritalloença.
CARANHU—Canto II est. L.X.I.

Entre troncos de palmeras,
Como nido de torcazas,
De dos hijos del Desierto
Suspididos está el hamaca:
Y á compas de los vaivenes,
Y á los soplos de las auras,
Como tórtolas que arrullan,
Sus amores dulces cantan:

— En la laguna
— La leve espuma
— De la onda azul,
No, es tan liviana,
No es tan gallarda,
Como eres tú.

— El agua hirviendo
— De los torrentes
— Del Paraná,
No pasma tanto,
Como en eillano,
Tu marcha audaz.

—Como la concha
Rosada y roja
Que hay en la mar,
Así es tu boca
Cuando reboas
De risa y paz.

—Como las pomras
Llenas de aroma,
Llenas de miel,
Tal es tu libro
Si en dulce halago
Toca en mi téz.

—Como la yerba
De la pradera
Y el arrayán,
Así son blandos
Los tiernos brazos
De mi beidad.

—Cual muelle alfombra
Bajo las sombras,
De árbol en flor,
Así es á mi alma
La sombra grata
De mi Señor.—

Como tórtolas que arrullan,
Sus amores así cantan,
Y á la paz de las canciones
Ondulando va el hamaca:
Y al cansancio del deleite,
Y á las sombras que se avanzan,
Adurmiendo van los ojos
Sin temores ni esperanzas.

Y es también la desgracia palpitante
Revisiendo la tónica mortal;
Del sufrimiento es el pulsar constante
Y es la intuición de espíritu inmortal.

Y es poesía la elevada mente,
El corazón de amores rebosando,
La triste palidez que en blanca frente
Viene el pesar profundo revelando.

Y es acaso la horrible nostalgia
Que envuelve en su capuz el pensamiento,
Dolorosa y larguísima agonía
Sin nombre en la región del sufrimiento.

Es la suprema, eterna oscilación
Del alma, entre dos orbes concebidos,
Mundos de indefinida aspiración
Que vemos al través de los sentidos.

Es la lucha de un algo inmaterial,
De sí mismo, el hastío, el desconsuelo,
Una sombra fútil y fatal
Que nos empuja hasta el azul del cielo.

Es el llanto espontáneo de dolor
Del alma para siempre entristecida,
Es el germen eterno del amor
Que nadie aceptar puede ya en la vida.

Poesía es la flor del sentimiento,
La incomprensible divinal ternura,
El fecundo elevado pensamiento,
La inconsolable arcana desventura!

Poesía, quien puede definirte?
Quien sonda tus misterios, corazón!
Basta tal vez sin comprender sentirte
Penetrando en tu mística región!

Y tú, poeta, extraña criatura,
Huérfano y solitario vagabundo,
Quien alimenta di, tu llama pura?
Dios? el amor? la soledad? el mundo?

Cádamo vivo, que la oleada humana
Repele ó traga en su vaiven constante,
De donde vienes? donde irás mañana,
Entre las turbas deslizando errante!

1859

JUANA MANSO.

La Poesía.

Es hija del dolor la poesía
Inspiración febril que el alma brota
Y en sus horas de angustia y de agonía
Se lanza en pód de una región ignota.

Quien definirte puede en lengua humana
Mundo de maravillas y colores,
De hermosura suave y soberana,
De locuras, de ensueños y dolores!

Región tranquila, vaga, misteriosa,
Donde vuela el espíritu arrojado
A sorprender del aura melodiosa
El suspiro en las aguas murmurado.

El mundo es, del poeta que se inspira
Y estudia en sus detalles la belleza
De la pasmosa creación que mira,
De Dios cantando la eterna grandeza.

Poesía es el eter transparente
Donde brillan estrellas á millares,
La luna que vagando tristemente
Ilumina los prados y los mares.

Poesía, el azul del firmamento
En la tarde serena y silenciosa,
Y el bronco que despierta el pensamiento
A una suave plegaria religiosa.

Poesía es la fiebre y la inquietud
Que impele el corazón en sus albos,
Es el germen fecundo de virtud,
Poesía son besos y son flores.

Saludo.

Los que ejercen el sacerdocio de la prensa, como el primer creyente soportando sobre sus hombros la grave cruz de su misión angusta, por mas que el derrotero se pierda en el Calvario; los que, faros de la humanidad, rompiendo las tinieblas que se proyectan sobre la verdad, brillan de su elevado pedestal; los que no mancillan el arte grandioso que descubrió á Gutenberg; los que beben inspiraciones en las fuentes de la libertad, principio y emanación de todo progreso, reciban el cordial saludo que al inaugurar su segunda época les dirige El Iris.

Advertencia.

Los Señores en cuya casa se deje este número del periódico, se servirán advertir al repartidor ó á la Imprenta, si desean ingresar en la lista de la suscripción, devolviendo en caso contrario el número que reciben.